



NIETZSCHE

AURORA

B3313

.M62

S6

M6119



1020024804



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

"Las cosas más bonitas,
bonitas del universo, no son
"cosas" -"

AURORA

Núm. Clas. 170
Núm. Autor N 677 a
Núm. Arg. 37230
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Cualquier _____
Catálogo _____

OBRAS PUBLICADAS

por LA ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Sto. Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

AGUANNO.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

GIURIATI.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

GRAVE.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

GROSS.—Manual del Juez, 12 pesetas.

KELLS-INGRAM.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

KOCHS.—Higiene general, 3 pesetas.

KRUGER.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

LOMBROSO, FERRI, GAROFALO y FIORETTI.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

MARTENS.—Derecho internacional público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

MAX-MULLER.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

MOMMSEN.—Derecho público romano, 12 pesetas.

ROGERS.—Sentido económico de la historia, 10 pts.

SOHM.—Historia é Instituciones de Derecho Privado Romano, 14 pesetas.

STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

SUMNER-MAINE.—El Antiguo derecho y la Costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

WESTERMARCK.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de H. Spencer publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Los Datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—*Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas*, 9 pesetas.—*Las Instituciones sociales*, 7 pesetas.—*Las Instituciones políticas*, 2 tomos, 12 pesetas.—*Las Instituciones eclesiásticas*, 6 pesetas.—*Las Instituciones profesionales*, 7 pesetas.—*Las Instituciones industriales*, 8 pesetas.—*La Justicia*, 7 pesetas.—*La Moral de los diversos pueblos y la moral personal*, 7 pesetas.—*La Beneficencia*, 6 pesetas.—*El Organismo social*, 7 pesetas.—*El Progreso*, 7 pesetas.—*Exceso de legislación*, 7 pesetas.—*De las leyes en general*, 8 pesetas.—*Ética de las prisiones*, 10 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

AURORA

MEDITACIONES

SOBRE LAS

PREOCUPACIONES MORALES

POR

F. NIETZSCHE

TRADUCCIÓN POR

LUCIANO DE MANTUA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle de Fomento, núm. 7.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7.

37230

099866

170
H.
B 3313
M62
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

5067.—Imp. Avrial, San Bernardo, 92. Teléfono 3.022

PRÓLOGO

¡Cuántas auroras hay que todavía no han lucido!

(Rig Veda.)

1. Veréis en este libro la labor de un hombre *subterráneo*, de un hombre que cava, que horada, que mina. Verán los que tengan hechos los ojos á estas exploraciones en las honduras, cómo avanza lentamente ese hombre, con qué circunspección y con qué suave inflexibilidad, sin dejar ver la molestia que supone toda larga privación del aire y de la luz. Se le podría juzgar contento con su oscuro trabajo. ¿Será que alguna fe le conduce, que algún consuelo le indemniza de sus penas? ¿Querrá acaso rodearse de una densa oscuridad que sea *suya*, hacerse dueño de cosas incomprensibles, ocultas, enigmáticas, sabiendo que de ahí ha de salir su mañana, su propia redención, su propia *aurora*? De cierto volverá á la superficie. No le preguntéis lo que busca allá abajo; ese Trofonio, ese hombre de apariencia subterránea, acabará por decíroslo él mismo, cuando de nuevo vuelva á ser hombre. No saben callarse los que, como él, han hecho vida de topos, los que como él han estado solos tanto tiempo.

2. Quiero deciros, en efecto, amigos, lo que hacía allá abajo, quiero deciroslo en este prólogo tardío (que fácilmente hubiera podido trocarse en una necrología ó una oración fúnebre) ya que he vuelto y he salido del paso. No creais que voy á convidaros á esa aventurada empresa ni á brindaros semejante soledad. El que sigue estos caminos particulares no se encuentra á nadie por ellos; es lo que tienen los caminos particulares. Nadie acude á auxiliarle; él sólo tiene que librarse de todos los peligros, de todos los azares, de todas las maldades y de todas las tormentas que sobrevengan. Tiene *su* camino, y como es razón, su amargura y á veces su despecho. Entre los motivos de esa amargura y ese despecho, hay que incluir, por ejemplo, el que sus amigos no puedan adivinar dónde está ni á dónde va, de suerte, que se preguntarán á veces: «¿Es eso avanzar? ¿Existe por ahí un camino?» Así, pues, la que emprendí no es obra para todo el mundo. Descendí á lo profundo; me puse á horadar el fondo y comencé á examinar y á socavar una antigua fe sobre la cual desde hace miles de años acostumbramos los filósofos á edificar, como si fuera sobre terreno sólido; y á edificar siempre, aunque todas las construcciones han ido una tras otra viniendo á tierra. Me puse á socavar nuestra fe en la moral. ¿Me comprendéis?

3. Sobre el bien y el mal se ha discutido hasta ahora más ruinmente que sobre cosa alguna. Este tema ha sido muy peligroso. La conciencia, la opinión, el infierno y hasta á veces la policía no permitían la imparcialidad. En presencia de la moral, como delante de una autoridad, no era permitido discurrir ni menos hablar; había que obedecer. Desde que el mundo exis-

te, ninguno autoridad ha consentido voluntariamente que la sometieran á la crítica. Criticar la moral, ver en la moral un problema, tomar la moral como cosa problemática, ¿no es *inmoral*?

No sólo dispone la moral de toda clase de medios de intimidación para mantener á distancia á la crítica con sus instrumentos de tortura; su certeza descansa también sobre un cierto arte de seducción que domina: sabe entusiasmar. Con una sola mirada consigue á veces paralizar la voluntad crítica ó ponerla de su parte, y aun llega á conseguir que se vuelva contra sí misma, de modo que, como el escorpión, se clave el aguijón en su propio cuerpo. La moral conoce desde hace mucho tiempo todo género de diabluras pertenecientes al arte de convencer. Aun hoy no hay orador que deje de recurrir á ella en demanda de ayuda (véase, por ejemplo, cómo hablan *moralmente* hasta los anarquistas para convencer mejor, y acaban por llamarse á sí mismos los buenos y los justos). Y es que la moral, en todos los tiempos desde que se habla y se convence en el mundo, ha sido, la mejor maestra de seducción y — la que nos importa más á nosotros los filósofos — la verdadera Circe de la filosofía. ¿En qué consiste que, desde Platón, todos los constructores filosóficos han edificado en vano? Si todo amenaza derribarse, ¿dónde se halla entre los escombros y ruinas lo que ellos leal y sinceramente creían que sería *vere perennius*? ¡Cuán errónea es ¡ay!, la contestación que se da todavía á esa pregunta! «Es que todos se olvidaron de admitir la hipótesis, el examen del fundamento, la crítica de toda la razón.» Esta funesta contestación de Kant no nos ha llevado á los filósofos á un terreno más sólido y menos inseguro, y, dicho sea de pasada, ¿no era extraño pedir á un instrumento que

criticase su propia aptitud y perfección? Pedir á la inteligencia que midiera ella misma su valor, su fuerza y sus límites, ¿no era un absurdo? La verdadera respuesta hubiese sido que todos los filósofos han edificado sus construcciones sobre la seducción de la moral, lo mismo Kant que los anteriores; que su intención, sólo en apariencia, iba enderezada hacia la certeza y hacia la verdad, pero en realidad se dirigía hacia la *majestad del edificio de la moral*, sirviéndonos, al hablar así, del cándido lenguaje de Kant, que considera como su misión y su labor, labor «menos brillante, pero no desprovista de mérito», el desmontar y consolidar el terreno sobre el que debía edificarse el majestuoso edificio de la moral. (*Crítica de la razón pura*, tomo II, pág. 257.)

Forzoso es decir que no lo consiguió, sino muy al contrario. Kant era un verdadero hijo de su siglo, que mejor que otro alguno puede ser llamado el siglo de la exaltación. Lo fué también, por ventura, respecto de lo mejor que tuvo su siglo, como se observa en aquel sano sensualismo que introdujo en su teoría del conocimiento. A Kant le había picado también aquella tarántula moral que se llamó Rousseau; pesaba sobre su alma el fanatismo moral, del que otro discípulo de Rousseau se creía y pregonaba ejecutor; aludo á Robespierre, que quería «fundar en el mundo el imperio de la sabiduría, la justicia y la virtud». (Discurso del 7 de Junio de 1794.)

Por otra parte, con ese fanatismo francés en el corazón, no era posible acometer la empresa de un modo menos francés, más profundo, más sólido, más alemán (si la palabra alemán puede emplearse hoy en este sentido), que la acometió Kant. Para hacer sitio á su imperio moral tuvo que reconstruir un mundo indemos-

trable, un *más allá* lógico; por eso hubo menester de su crítica de la razón pura. En otros términos: esa crítica no le hubiera hecho falta si no hubiese habido una cosa que le importaba más que todas: conseguir que su mundo moral fuese inatacable, mejor aún, inaccesible á la razón, pues de sobra comprendía cuán vulnerable es el orden moral frente á la razón. Ante la naturaleza y la historia, ante la radical inmoralidad de la naturaleza y de la historia, Kant, como todo buen alemán, era pesimista. Creía en la moral, no porque la demuestren la naturaleza y la historia, sino á pesar de que ambas la contradicen de continuo. Para entender este *á pesar de*, podemos recordar algo semejante de Lutero, de aquel otro gran pesimista, que con intrepidez luterana quiso explicarlo un día á sus amigos, diciendo: «Si la razón pudiera comprender cómo Dios, que muestra tanta ira y crueldad, puede ser justo y bueno, ¿qué falta haría la fe?» Y es que en todos los tiempos nada ha producido impresión tan profunda en el alma alemana, nada la ha tentado tan poderosamente como esta consecuencia, la más peligrosa de todas, que á un latino tiene que parecerle un pecado contra el entendimiento: *credo quia absurdum est*.

Con ella entra por primera vez la lógica alemana en la historia del dogma cristiano, y todavía hoy, mil años después, los alemanes contemporáneos, que hemos llegado con retraso desde todos los puntos de vista, entrevemos algo de verdad, una posibilidad de verdad, detrás del célebre principio fundamental de la dialéctica con que contribuyó Hegel al triunfo del espíritu alemán sobre Europa: «la contradicción es el motor del mundo, todas las cosas se contradicen á sí mismas». Hasta en la lógica somos pesimistas.

4. Pero no son los juicios *lógicos* (juicios los más inferiores y los más fundamentales de todos) aquéllos á los cuales puede descender la osadía de nuestra suspicacia: la confianza en la razón, requisito inseparable de la validez de estos juicios, en cuanto es fe, es un fenómeno moral. Quizá no ha dado todavía el pesimismo moral su último paso. Quizá tenga que poner una vez más el uno frente al otro, de una manera terrible, su *credo* y su *absurdum*. Y si este libro es un libro pesimista hasta en la moral, hasta más allá de la fe en la moral, ¿no será por esto mismo un libro genuinamente alemán? Representa, en efecto, una contradicción, y no la teme: se aparta de la fe en la moral; ¿por qué? ¡*Por moralidad!* Si no, ¿cómo deberemos llamar lo que ocurre en este libro, lo que pasa en nosotros mismos, aunque preferiríamos una expresión más modesta? No hay duda; dentro de nosotros habla también un deber; nosotros también obedecemos á una ley severa que está por encima de nosotros, y esta es la última moral inteligible todavía para nosotros, la última moral que nosotros podemos vivir, pues si en algo somos aún hombres de conciencia, es en esto. No queremos volver á lo que consideramos vencido y caduco, á lo que no juzgamos digno de fe: Dios, virtud, verdad, justicia, amor al prójimo; no queremos seguir un camino engañoso hacia un ideal viejo. Sentimos aversión profunda hacia todo lo que nos quiera acercar á eso y servir de mediador entre ello y nosotros; somos enemigos de toda clase de fe y de cristianismo presentes; enemigos de los términos medios respecto de todo lo que sea romanticismo y patriotería; enemigos también, como artistas que somos, del refinamiento artístico, de la falta de conciencia artística que supone el persuadirnos de que debemos

adorar aquello en que no creemos; enemigos, en suma, de la afeminación europea (ó del idealismo, si se quiere llamarlo así) que eternamente tiende hacia las alturas, y, por lo mismo, nos rebaja eternamente. Como hombres dotados de esta conciencia, creemos remontarnos á la rectitud y á la piedad alemanas de hace millares de años, y aunque seamos herederos inciertos y últimos, nosotros los *immoralistas* é impíos de hoy, nos consideramos en cierto sentido como los herederos de aquella rectitud y de aquella piedad, como los ejecutores de su voluntad interior, voluntad pesimista, cual he dicho antes, que no teme negarse á sí misma, porque se niega con *júbilo*. En nosotros se cumple, si queréis una fórmula, la *autosupresión de la moral*.

5. En resumen; ¿á qué decir tan alto y con tanto calor lo que somos, lo que queremos y lo que no queremos? Meditémoslo más fría y serenamente, desde más alto y desde más lejos; digámoslo como si habláramos con nosotros mismos, tan bajo que el mundo no lo oiga, que *no nos oiga*. Y sobre todo, digámoslo lentamente.

Este prólogo llega tardíamente, pero, con todo, no llega demasiado tarde; ¡qué importan cinco ó seis años! Un libro y un problema como éstos no tienen prisa; y además, somos amigos de lo lento mi libro y yo. No en vano se es ó se ha sido filólogo. Filólogo quiere decir maestro de la lectura lenta, y el que lo es, acaba por escribir también lentamente. No sólo el hábito, sino también el gusto—un gusto malicioso acaso—me llevan ahora por ese camino. No escribir más que aquello que pueda desesperar á los hombres que se apresuran. La filología es un arte venerable,

que pide ante todo á sus admiradores mantenerse retirados, tomarse tiempo, volverse silenciosos y pausados, un arte de orfebrería, un oficio de orifice de la palabra, un arte que pide trabajo sutil y delicado, y en que nada se consigue sin aplicarse con lentitud.

Precisamente por eso es hoy más necesaria que nunca; precisamente por eso nos seduce y encanta como nunca, en medio de esta época *de trabajo*, es decir, de precipitación, de prisa indecorosa, que se consume por *acabar* rápidamente las cosas, aunque se trate de un libro antiguo ó moderno.

Aquel arte no acierta á *acabar* fácilmente; enseña á *leer* bien, es decir, á leer despacio, con profundidad, con miramientos y precauciones, con intención honda, á puertas abiertas y con ojos y dedos delicados. Pacientes amigos, este libro no desea más que lectores perfectos, filólogos perfectos; aprended á leerme bien.

En un camino cerca de Génova.

Otoño del año 1886.

AURORA

Meditaciones sobre las preocupaciones morales.

LIBRO PRIMERO

1. *Razón ulterior.*—Todas las cosas que viven mucho se van empapando poco á poco de razón, de tal suerte, que parece inverosímil que tengan su origen en la sinrazón. ¿No cree el sentimiento ver una paradoja ó una blasfemia cada vez que se le muestra la historia exacta de un origen? Un buen historiador, ¿no está continuamente en contradicción con el medio que le rodea?

2. *Preocupación de los sabios.*—Los sabios están en lo cierto cuando juzgan que los hombres de todas las épocas se han hecho la ilusión de que sabían qué era bueno y qué malo. Pero es una preocupación de los sabios el creer que ahora estamos mejor enterados que en otras épocas.

3. *Cada cosa tiene su tiempo.*—En la época remota en que el hombre atribuía sexo á todas las cosas, no

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO